

Juan Sebastian Bach

LUZ Y MUSICA DE ETERNIDAD

Por EDUARDO LIRA ESPEJO

EN la región de Turingia eran tan célebres los Bach que por más de dos siglos los habitantes de las pequeñas ciudades regionales —Eisenach, Erfurt, Arnstadt—, no concebían otros músicos y cantores, sino que aquellos pertenecientes a esta numerosa familia. La genealogía musical se hace partir, alrededor del 1500 con Hans Bach, inicial de un glorioso e ilustre árbol de músicos en cuyas ramas se encuentra Juan Sebastián, el genio más extraordinario que en la música haya dado la Humanidad. Familia modesta, de recursos económicos limitados; todo lo que con exceso en talento poseían, les faltaba en medios materiales. Las preocupaciones del subsistir, las angustias cotidianas, no les impedía adquirir conocimientos a la perfección y crear con riqueza inagotable, obras de impecable belleza. Si la música los unía, más les amarraba el afecto familiar. Nunca se alejaron demasiado de la tierra propia, de la región de Turingia. Y era para todos ellos una cita de honor entrañable reunirse una vez al año en la intimidad y calor del

común hogar, hijos y padres, quienes sumaban decenas y decenas. Las voces de músicos avezados como un solo instrumento, se unían para entonar el himno de gracias al Hacedor, por las bendiciones recibidas. Después el vino y la buena mesa, estimulantes de bromas y afectos, para hacer el balance de la ausencia. Luego el coro cantaba a primera vista las obras de uno u otro, de los de allí reunidos. Improvisaban trozos corales resolviendo los más complicados problemas del contrapunto y de la técnica musical. Nunca otra vez el aire de Turingia podrá estar poblado de voces tan nobles y eternas como las de esa celestial familia. Y nunca como aquel treinta y uno de Marzo de mil seiscientos ochenta y cinco, la melancólica villa alemana de Eisenach, estuvo más gloriosa porque en ella acababa de nacer Juan Sebastián Bach, luz y música de eternidad.

TENACIDAD DE HOMBRE Y GRACIA DIVINA DE GENIO

A los nueve años, es ya

huérfano de madre y uno después, muere el padre dejando ocho hijos. Juan Sebastián, niño de talento excepcional, poseía, en esta época, una técnica envidiable de músico. Convivía en un medio de distinción espiritual, familiarizado entre sus mayores y amigos, con las conversaciones y estudios de problemas musicales. No es de extrañar que sus progresos fueran notables. Su propio padre le había enseñado a tocar el violín. El clavicordio lo dominaba día a día con presteza. Los más difíciles capítulos de la ciencia musical, desde el solfeo a la armonía, del contrapunto a la fuga, se abrían para él como flores de pólenes irresistibles.

Con un bagaje de conocimientos de primera calidad, contando sólo quince años, ingresa al Coro de la Iglesia de San Miguel de Luneburgo, esperanzado en el mísero sueldo, solución de apremiantes necesidades. La inquietud espiritual, la decidida tenacidad de perfeccionar su arte, y por encima de todo, su vocación de predestinado, le llevaron a visitar los más apartados centros artísticos para encontrar un



Juan Bautista Bach.

de las pequeñas ciudades regionales —Eisenach, Erfurt, Arnstadt—, no concebían otros músicos y cantores, sino que aquellos pertenecientes a esta numerosa familia. La genealogía musical se hace partir, alrededor del 1500 con Hans Bach, inicial de un glorioso e ilustre árbol de músicos en cuyas ramas se encuentra Juan Sebastián, el genio más extraordinario que en la música haya dado la Humanidad. Familia modesta, de recursos económicos limitados; todo lo que con exceso en talento poseían, les faltaba en medios materiales. Las preocupaciones del subsistir, las angustias cotidianas, no les impedía adquirir conocimientos a la perfección y crear con riqueza inagotable, obras de impecable belleza. Si la música los unía, más les amarraba el afecto familiar. Nunca se alejaron demasiado de la tierra propia, de la región de Turingia. Y era para todos ellos una cita de honor entrañable reunirse una vez al año en la intimidad y calor del

como un solo instrumento, se unían para entonar el himno de gracias al Hacedor, por las bendiciones recibidas. Después el vino y la buena mesa, estimulantes de bromas y afectos, para hacer el balance de la ausencia. Luego el coro cantaba a primera vista las obras de uno u otro, de los de allí reunidos. Improvisaban trozos corales resolviendo los más complicados problemas del contrapunto y de la técnica musical. Nunca otra vez el aire de Turingia podrá estar poblado de voces tan nobles y eternas como las de esa celestial familia. Y nunca como aquel treinta y uno de Marzo de mil seiscientos ochenta y cinco, la melancólica villa alemana de Eisenach, estuvo más gloriosa porque en ella acababa de nacer Juan Sebastián Bach, luz y música de eternidad.

TENACIDAD DE HOMBRE Y GRACIA DIVINA DE GENIO

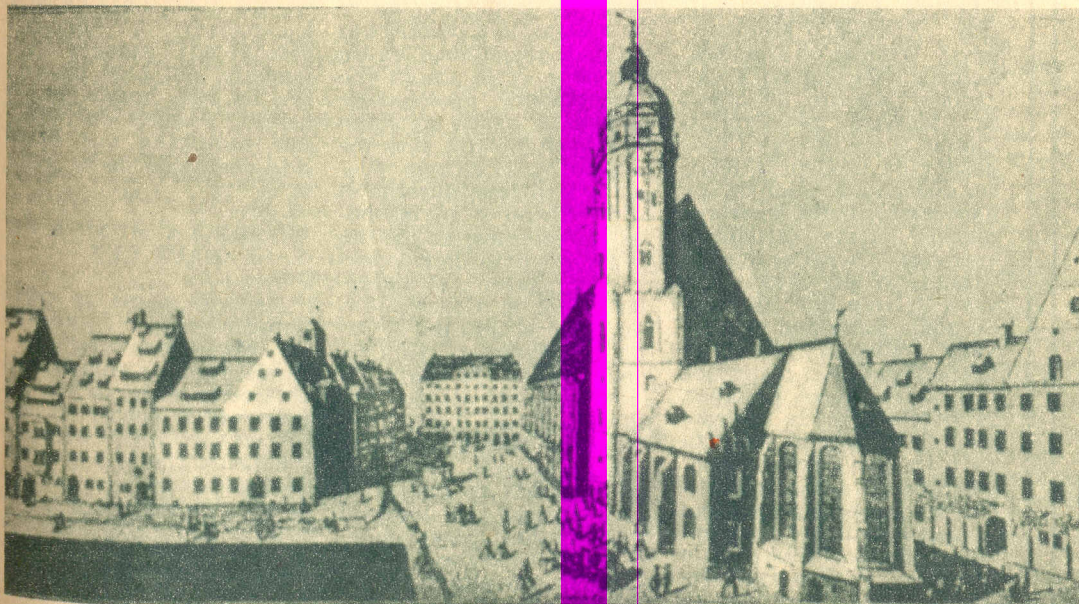
A los nueve años, es ya

excepcional, poseía en esta época, una técnica envidiable de músico. Convivía en un medio de distinción espiritual, familiarizado entre sus mayores y amigos, con las conversaciones y estudios de problemas musicales. No es de extrañar que sus progresos fueran notables. Su propio padre le había enseñado a tocar el violín. El clavicordio lo dominaba día a día con presteza. Los más difíciles capítulos de la ciencia musical, desde el solfeo a la armonía, del contrapunto a la fuga, se abrían para él como flores de pólenes irresistibles.

Con un bagaje de conocimientos de primera calidad, contando sólo quince años, ingresa al Coro de la Iglesia de San Miguel de Luneburgo, esperando en el mísero sueldo, solución de apremiantes necesidades. La inquietud espiritual, la decidida tenacidad de perfeccionar su arte, y por encima de todo, su vocación de predestinado, le llevaron a visitar los más apartados centros artísticos para encontrar un



Juan Bautista Bach.



La iglesia de Santo Tomás, donde Bach fué cantor.

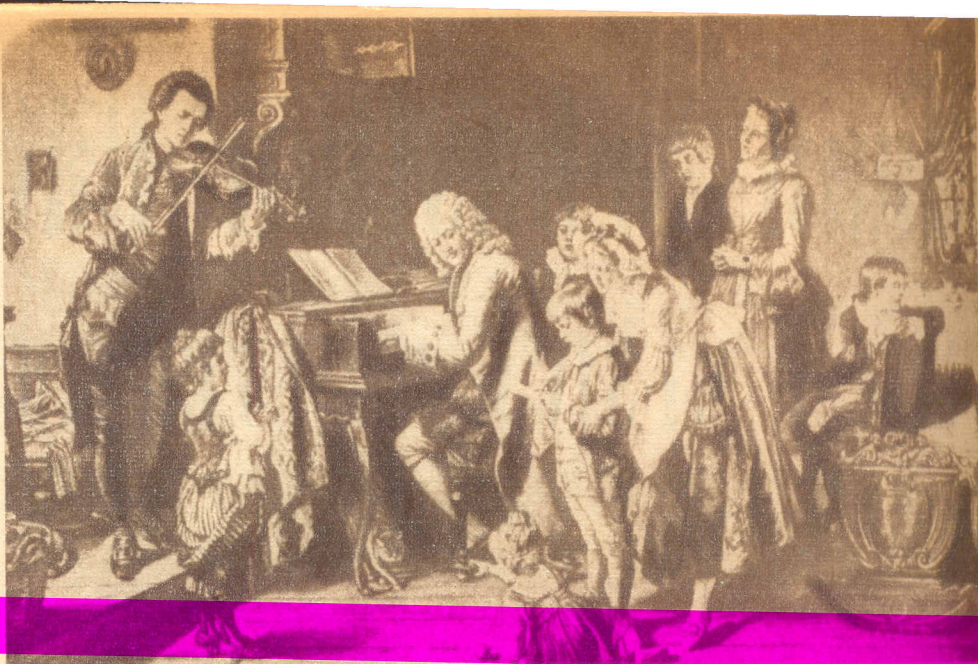
aporte, una experiencia, un chispazo nuevo para su música. Un día viajará rumbo a Hamburgo a oír tocar al notable organista Juan Adam Reinken. Otro día será Celle, la elegida, ya que en esta ciudad el Duque reinante mantenía una corte afrancesada. Allí era posible escuchar los músicos y las músicas francesas desconocidas entonces en Alemania, los cuales tuvieron en Bach una influencia notable. Otros días para ver las representaciones de ópera de Cesti y Steffani, tan populares entonces, tiene que realizar penosos viajes. Para admirar al gran organista Buxtehude, cuya influencia en el Maestro es presente, en algunas de sus obras, su

entusiasmo y pobreza a la par, le aconsejaron emprender un larguísimo peregrinar de cincuenta leguas, recorridos a pie, agotador aún para el fuerte mozo de veintiún años que era él en esa época. Las mayores dificultades, los desvelos, las penurias del camino, no le atemorizaban, para oír algún virtuoso notable o músicas desconocidas. Nada le impedía llegar hasta un archivo o una biblioteca y situar ante sus ojos de insaciable apetencia, las codiciadas partituras. Se cuenta que su tío Enrique; inteligente y bien dotado músico, le negó prestarle algunos manuscritos que poseía de Pachelbel, Froberger y otros Maestros, ocultándolos en

la biblioteca bajo llave. Juan Sebastián, niño entonces de nueve años, consiguió por un hueco introducir sus manecitas, y hacer un rollo con las admiradas partituras. Decidido a conocerlas y estudiarlas, estuvo durante seis meses copiándolas, a escondidas en las noches, sin otra luz que el resplandor de la luna. Fue sorprendido y castigado, perdiendo toda esperanza de obtener originales y copias, por el egoísmo y la incomprensión de su ilustre tío.

Esta inquietud se mantuvo como un acto de amor de toda su vida. Y era algo más... Era la gracia divina del genio.

Continúa



La familia Bach vivía en un ambiente musical.

Juan Sebastián Bach... continuación

SUPO DE LAS INDIFERENCIAS, INTRIGAS Y DUREZAS TERRENAS.

La vida hubo de negarle el reposo, la estabilidad económica que le permitiera entregarse sin zozobras, sin apremiantes apuros, sin dependencias de despóticos amos, a su trabajo creador, a su divina misión de músico. Todo lo contrario. La trayectoria de los sesenta y cinco años de su existencia, es un continuo peregrinaje, de solicitudes, de incomprendiones y vejámenes, de presupuestos exigüos, que golpeaban implacablemente el fino cristal de su sensibilidad. Por esto es que le vemos saltar, con la esperanza luminosa en sus ojos, y las manos llenas de realidades musicales, de una ciudad a otra, entre nobles, príncipes y cortes reinantes, en búsqueda del bienestar para su espíritu y el pan de sus numerosos hijos. De Eisenach a Ohrdruf, Luneburgo, Weimar, Arnstadt, Muhlhausen, Weimar, Coethen, Leipzig. De Corista a Organista, Maestro de Música, Maestro de Capilla, Cantor y por último Compositor de la Capilla Real, sin que ello, a pesar de los honores recibidos, aportara mucho en sus escuálidas entradas. Ciertamente que un músico en esa época, por gran talento que tuviera, no podía soñar con un porvenir brillante. Los grandes señores, los poderosos príncipes que gustaban proporcionarse la distracción de la música, incluían entre la servidumbre, considerándolos como domésticos, a sus músicos, a los instrumentistas y compositores. Hasta fines del siglo dieciocho imperó este criterio y contra él reaccionaron Gluck el protegido de

ven, cuyo valer nunca le ocultó en falsa y servil modestia. El "salario" a que aspiraba Bach no era pretencioso; siempre que cubriera sus necesidades familiares, no importaba el trabajo a realizar. Que le permitiera continuar sus estudios y escribir sus obras. Que se le tratara con consideraciones a su talento genial. Mas siempre limitado fué el monto de su salario y mucho más limitadas a veces las consideraciones y respeto de sus superiores y subordinados.

Las intrigas, a menudo, inquietan la hogareña placidez de su vida; su talento proverbial despertaba la temible, constante y humana envidia de los profesionales. Sus alumnos y co-ristas rara vez supieron amar y valorizar al Maestro. Tuvo en más de una ocasión que habérselas con gentes vulgares hasta la grosería quienes, por justas observaciones hechas en clase, no trepidaron en la calle atacarle a palos. "Los alumnos disputaban en su presencia y lo tratan de una manera escandalosa. Llevan la tizona al cinto, no sólo en la calle, sino que también en la escuela. Juegan a la pelota, durante el oficio divino y en las horas de estudios; en fin no se avergüenzan de frecuentar los lugares mal afamados", dice el Consejo Comunal en el informe al Cabildo de Weimar. Está fechado el 16 de Abril de 1706, informe citado por Forkel y Schweitzer, forman la trilogía clásica de los biógrafos de Bach.

Su manera de tocar el órgano y hasta sus composiciones encontraron acres censuras; no alcanzaban a vislumbrar su fuego de eternidad, ni sentir el len-

lodia.

Por haber prolongado algo más de lo convenido, su ausencia, a pesar de haber dejado en su reemplazo a su primo Ernesto, músico competentísimo, el Cabildo de Arnstadt, en 1706, le amonesta y le somete a juicio. Pero más implacable aún se mostró el Cabildo de Weimar en 1716. Bach quería abandonar su empleo de organista para trasladarse a Coethen, donde se le ofrecía un puesto mejor rentado y las condiciones de bienestar y deferencias personales, eran superiores. La licencia para abandonar la ciudad le fué negada, los trámites entorpecidos, y las consecuencias y vejámenes por los que tuvo que pasar el Maestro, se pueden apreciar, sin comentarios, en el párrafo de este desgraciado documento del Cabildo de Weimar que cita Spitta: "El 6 de Noviembre, el organista Bach, hasta ahora en sus funciones, ha sido encarcelado por intentar obtener su licencia violentamente. El 2 de Diciembre ha sido puesto en libertad, después de habersele notificado que había sido destituido de su puesto".

DONDE LA MUSICA SE HACE LUZ

Nada ni nadie le pudo impedir realizar su destino de músico. Estudioso insaciable, captó y asimiló a la perfección toda la ciencia y arte de su época. Trabajador decidido, sacando fuerzas de flaquezas, entregó a la posteridad una obra de sello de eternidad indiscutible. Producía con una feracidad que hoy al considerarla nos deja atónitos. Pero esta aparente y fácil inspiración, fluye de una



La familia Bach vivía en un ambiente musical.

Juan Sebastián Bach... continuación

SUPO DE LAS INDIFERENCIAS, INTRIGAS Y DUREZAS TERREÑAS.

La vida hubo de negarle el reposo, la estabilidad económica que le permitiera entregarse sin zozobras, sin apremiantes apuros, sin dependencias de despóticos amos, a su trabajo creador, a su divina misión de músico. Todo lo contrario, la trayectoria de los sesenta y cinco años de su existencia, es un continuo peregrinaje, de solicitudes, de incomprendidos y vejámenes, de presupuestos exigüos, que golpeaban implacablemente el fino cristal de su sensibilidad. Por esto es que le vemos saltar, con la esperanza luminosa en sus ojos, y las manos llenas de realidades musicales, de una ciudad a otra, entre nobles, príncipes y cortes reinantes, en búsqueda del bienestar para su espíritu y el pan de sus numerosos hijos. De Eisenach a Ohrdruf, Luneburgo, Weimar, Arnstadt, Muhlhausen, Weimar, Coethen, Leipzig. De Corista a Organista, Maestro de Música, Maestro de Capilla, Cantor y por último Compositor de la Capilla Real, sin que ello, a pesar de los honores recibidos, aportara mucho en sus escuálidas entradas. Cierto es que un músico en esa época, por gran talento que tuviera, no podía soñar con un porvenir brillante. Los grandes señores, los poderosos príncipes que gustaban proporcionarse la distracción de la música, incluían entre la servidumbre, considerándolos como domésticos, a sus músicos, a los instrumentistas y compositores. Hasta fines del siglo dieciocho imperó este criterio y contra él reaccionaron Gluck, el protegido de María Antonieta y Beetho-

ven, cuyo valer nunca le ocultó en falsa y servil modestia. El "salario" a que aspiraba Bach no era pretencioso; siempre que cubriera sus necesidades familiares, no importaba el trabajo a realizar. Que le permitiera continuar sus estudios y escribir sus obras. Que se le tratara con consideraciones a su talento genial. Mas siempre limitado fué el monto de su salario y mucho más limitadas a veces las consideraciones y respeto de sus superiores y subordinados.

Las intrigas, a menudo, inquietan la hogareña placidez de su vida; su talento proverbial despertaba la temible, constante y humana envidia de los profesionales. Sus alumnos y coristas rara vez supieron amar y valorizar al Maestro. Tuvo en más de una ocasión que habérselas con gentes vulgares hasta la grosería quienes, por justas observaciones hechas en clase, no trepidaron en la calle atacarle a palos. "Los alumnos disputaban en su presencia y lo tratan de una manera escandalosa. Llevan la tizona al cinto, no sólo en la calle, sino que también en la escuela. Juegan a la pelota, durante el oficio divino y en las horas de estudios; en fin no se avergüenzan de frecuentar los lugares mal afamados", dice el Consejo Comunal en el informe al Cabildo de Weimar. Está fechado el 16 de Abril de 1706, informe citado por Spitta, quien junto con Forkel y Schweitzer, forman la trilogía clásica de los biógrafos de Bach.

Su manera de tocar el órgano y hasta sus composiciones encontraron acres censuras; no alcanzaban a vislumbrar su fuego de eternidad, ni sentir el lenguaje celestial de sus me-

lodias.

Por haber prolongado algo más de lo convenido, su ausencia, a pesar de haber dejado en su reemplazo a su primo Ernesto, músico competentísimo, el Cabildo de Arnstadt, en 1706, le amonesta y le somete a juicio. Pero más implacable aún se mostró el Cabildo de Weimar en 1716. Bach quería abandonar su empleo de organista para trasladarse a Coethen, donde se le ofrecía un puesto mejor rentado y las condiciones de bienestar y deferencias personales, eran superiores. La licencia para abandonar la ciudad le fué negada, los trámites entorpecidos, y las consecuencias y vejámenes por los que tuvo que pasar el Maestro, se pueden apreciar, sin comentarios, en el párrafo de este desgraciado documento del Cabildo de Weimar que cita Spitta: "El 6 de Noviembre, el organista Bach, hasta ahora en sus funciones, ha sido encarcelado por intentar obtener su licencia violentamente. El 2 de Diciembre ha sido puesto en libertad, después de habersele notificado que había sido destituido de su puesto".

DONDE LA MUSICA SE HACE LUZ

Nada ni nadie le pudo impedir realizar su destino de músico. Estudioso insaciable, captó y asimiló a la perfección toda la ciencia y arte de su época. Trabajador decidido, sacando fuerzas de flaquezas, entregó a la posteridad una obra de sello de eternidad indiscutible. Producía con una feracidad que hoy al considerarla nos deja atónitos. Pero esta aparente y fácil inspiración, fluye de una técnica lograda al límite.

Cada obra constituía el resultado de problemas meditados y compenetrados, hasta obtener la madurez deseada. Publicó su primera partitura cuando iri-saba en los cuarenta años. Su pulcritud —ética de creador—, le señaló revisar y perfeccionar, todos sus manuscritos antes de entregarlos a la publicidad o darles el visto bueno definitivo. Por esto se encuentran de una misma composición diversos ejemplares. En ellos se puede observar el cuidado conmovedor del genio, que corregía con minuciosidad de artífice tal giro melódico, cambiaba una u otra combinación armónica, subrayaba una voz del contrapunto, si traducía mejor una intención de arte a acento expresivo.

Los deberes abrumadores de sus labores, nunca sirvieron como pretexto para apaciguar el fuego creador. En verdad, no se comprende la capacidad de trabajo de este hombre que tenía a veces, la obligación en una semana de componer la partitura, fuera una Cantata o una obra instrumental, copiar los papeles de las partes, ensayar la orquesta y enseñar el coro, para presentar todo esto en el culto del Domingo o en el concierto programado. La rutina de los días semanales; las clases, tocar en los oficios del culto, y vigilar a sus indisciplinados alumnos, se suman a esta actividad prodigiosa. Cada una de las ciudades-Arnstadt, Muhlhausen, Weimar, Goethen, Leipzig—que saludaron desocupadas el paso de sus años mozos, significan en su producción un buen número de obras. No siempre tuvo libertad para componer. Sus amos y nobles protectores querían ser agradados en sus gustos. Su genio, burló toda imposición y dejó impreso su inconfundible carácter. Maestros de la época, Pachelbel, Vivaldi, Buxtehude, Kirl, Frescobaldi, Boehm, Frohberger, fueron estudiados concienzudamente en su arte.

Y HE AQUÍ QUE CON LOS AÑOS SU ARTE FUE ACLAMADO

La fama de Bach se extendió por toda Europa. Como organista era considerado consumado virtuoso, innovador de la técnica del teclado. Él se sabía, con su espíritu autocrítico, un excepcional intérprete. Sus peregrinaciones juveniles le habían permitido escuchar y analizar el estilo de toda las figuras más sobresalientes de la época. Conocía el órgano a perfección y muy a menudo se le llamaba no solo para tocar, sino para refaccionar y aconsejar, ya que su peritaje, era la palabra autorizada y definitiva. "Los hombres que pasaban en su época como muy buenos ejecutantes, no podían menos de admirar su talento y método, que parecía diferenciarse mucho del de sus contemporáneos y predescensores, a los que continuamente superaba por todos conceptos", dice Forkel, uno de sus biógrafos y casi contemporáneo de Bach.

Por insistencia de su hijo Carlos Felipe Emanuel, perteneciente como músico a la Corte de Federico el Grande de Prusia, visita en 1747 a este príncipe, notable flautista y músico. Fué recibido con todos los honores y atenciones; se le dispuso la íntima y sincera amistad del Rey. Juan Sebastian Bach, para Federico el Grande escribió numerosas y bellísimas obras. Sobre un tema dado por el propio príncipe, improvisó admirablemente primero, y después trabajó sobre él y le dedicó su Ofrenda Musical, prodigio de sabiduría contrapuntística.

Hizo varias jiras de arte para establecer contacto y darse a conocer como músico. En una de ellas, en Cassel, entusiasmado por su habilidad de ejecutante, Federico de Suecia, le regala la sortija que llevaba en su dedo real. Visitó las más importantes ciudades de Alemania y en Dresde, en la Corte de Federico Augusto

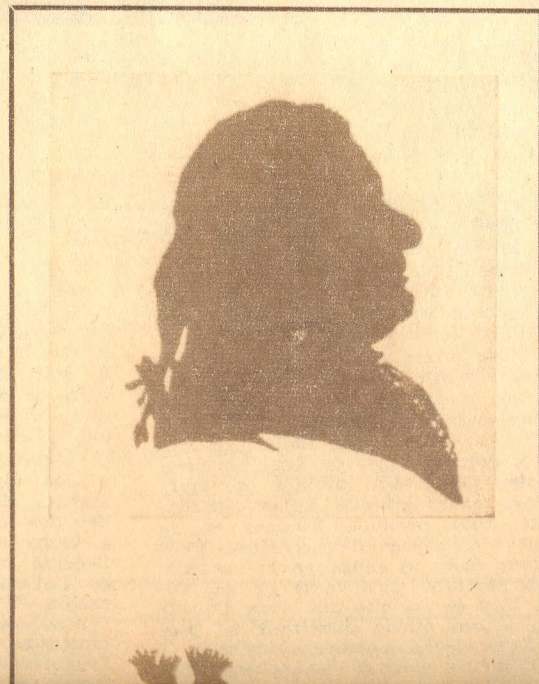
porcionaban a su corazón las más intensas alegrías: Vida diáfana, sin amores desventurados que amargaron a Beethoven, sin las frivolidades de salón tan consentidas por Chopin. En Bach, hubo la presencia resplandeciente de dos mujeres extraordinarias, dos comprensibles compañeras. María Bárbara, su prima, quien al morir le dejó ocho hijos y la dulce Ana Magdalena quien le dió trece nuevos vástagos. Muchos de sus hijos, entre ellos, Carlos Felipe Emanuel, Frideman, Juan Cristian, son músicos notables y tienen una categoría indiscutible en la trayectoria del arte. Su casa congregaba a los espíritus más selectos y allí Juan Sebastian tenía para ellos una palabra distinguida, un consejo preciso y generoso que solo él con su genio y sabiduría podía dar.

Sus ojos enfermos fueron sometidos dos veces a operaciones negativas, y la ceguera oscureció su vida terrena. Pobre y ciego reconfortado por la fe religiosa de su espíritu y por las atenciones y ternuras de su angelical mujer. Hay un libro alucinado, tal vez apócrifo, que lo titulan Pequeña Crónica de Ana Magdalena, donde la vida del Maestro es narrada con tierno cariño por su segunda esposa. Allí de ella podemos leer las palabras siguientes: — "¿Quién iba a encontrar un marido como mi Juan Sebastian? A partir del día de la boda, ya no tuve más vida que la suya. Era como una pequeña corriente de agua que se la hubiera tragado el océano". Momentos antes de morir sus ojos se iluminaron y pudo ver el afecto y forma de los suyos.

Un mísero cajón de pino encerró su cuerpo y hasta su tumba sin cruz, por no haber dinero, le acompañaron un grupo reducido de amigos. Su muerte —30 de Julio de 1750— había pasado desapercibida y poco después su recuerdo olvidado, al extremo que al último



Bach en su juventud.



ción de arte y de presio.

Los deberes abrumadores de sus labores, nunca sirvieron como pretexto para apagar el fuego creador. En verdad, no se comprende la capacidad de trabajo de este hombre que tenía a veces, la obligación en una semana de componer la partitura, fuera una Cantata o una obra instrumental, copiar los papeles de las partes, ensayar la orquesta y enseñar el coro, para presentar todo esto en el culto del Domingo o en el concierto programado. La rutina de los días semanales: las clases, tocar en los oficios del culto, y vigilar a sus indisciplinados alumnos, se suman a esta actividad prodigiosa. Cada una de las ciudades—Arnstad, Muhlhausen, Weimar, Gothen, Leipzig—que saludaron desocupadas el paso de sus años mozos, significan en su producción un buen número de obras. No siempre tuvo libertad para componer. Sus amos y nobles protectores querían ser agradados en sus gustos. Su genio, burló toda imposición y dejó impreso su inconfundible carácter. Maestros de la época, Pachelbel, Vivaldi, Buxtehude, Kirl, Frescobaldi, Boehm, Frohberger, fueron estudiados concienzudamente en sus partituras y sus obras y temas en más de una ocasión le sirvieron de modelo. Pero Bach resume y eleva al infinito todos los estilos y maneras de su tiempo. Es difícil señalar cuando subyuga más, si en sus obras para el clavecín, el órgano o para los instrumentos de cuerdas o en sus páginas vocales —corales y motetes—, o en sus monumentales Pasiones, Oratorios y Cantatas profanas y de iglesia. Que puede emocionarnos más si algunos de los delicados trozos que con tanta ternura compuso para su mujer la dulce Ana Magdalena, o las bellísimas Invenciones a dos y tres voces, escritas rápidamente para que sus alumnos “aprendan un método claro para tocar el clavicordio”, o emocionarnos ante la majestuosidad grandiosa de la Pasión Según San Mateo y la Misa en si menor....?

me admiran su talento y método, que parecía diferenciarse mucho del de sus contemporáneos y predescendores, a los que continuamente superaba por todos conceptos”, dice Forkel, uno de sus biógrafos y casi contemporáneo de Bach.

Por insistencia de su hijo Carlos Felipe Emanuel, perteneciente como músico a la Corte de Federico el Grande de Prusia, visita en 1747 a este príncipe, notable flautista y músico. Fué recibido con todos los honores y atenciones; se le dispensó la íntima y sincera amistad del Rey. Juan Sebastian Bach, para Federico el Grande escribió numerosas y bellísimas obras. Sobre un tema dado por el propio príncipe, improvisó admirablemente primero, y después trabajó sobre él y le dedicó su Ofrenda Musical, prodigio de sabiduría contrapuntística.

Hizo varias jiras de arte para establecer contacto y darse a conocer como músico. En una de ellas, en Cassel, entusiasmado por su habilidad de ejecutante, Federico de Suecia, le regala la sortija que llevaba en su dedo real. Visitó las más importantes ciudades de Alemania y en Dresde, en la Corte de Federico Augusto I, debía alternar, para demostrar supremacía, en un torneo con Louis Marchand, a quien se catalogaba insuperable como organista y técnico. Estuvo presente el Rey, la Corte y los Músicos más distinguidos, pero el torneo no se realizó. Comprendiendo la calidad de su contrincante, en la madrugada y en la más rápida diligencia, Marchand huyó para siempre de la ciudad. Así se explica también que en el apogeo de su gloria y por temor de empañarla, Jorge Federico Haendel, el único de sus contemporáneos que puede situarse junto a Bach, haya elegantemente rehusado encontrarse con él, cuya cita tenían fijada para el otoño de 1718, en La Haya.

VERDAD ES QUE TODO ESTO HA SUCEDIDO

El hogar, la familia, pro-

du a su genio y sabiduría podía dar.

Sus ojos enfermos fueron sometidos dos veces a operaciones negativas, y la ceguera oscureció su vida terrena. Pobre y ciego reconfortado por la fe religiosa de su espíritu y por las atenciones y ternuras de su angelical mujer. Hay un libro alucinado, tal vez apócrifo, que lo titulan Pequeña Crónica de Ana Magdalena, donde la vida del Maestro es narrada con tierno cariño por su segunda esposa. Allí de ella podemos leer las palabras siguientes: — “¿Quién iba a encontrar un marido como mi Juan Sebastian? A partir del día de la boda, ya no tuve más vida que la suya. Era como una pequeña corriente de agua que se la hubiera tragado el océano”. Momentos antes de morir sus ojos se iluminaron y pudo ver el afecto y forma de los suyos.

Un mísero cajón de pino encerró su cuerpo y hasta su tumba sin cruz, por no haber dinero, le acompañaron un grupo reducido de amigos. Su muerte —30 de Julio de 1750— había pasado desarrepicida y poco después su recuerdo olvidado, al extremo que al último vástago viviente, su ilustre hija Regina Susana, le faltaba el pan de cada día. En un periódico de Leipzig en 1800, puede leerse un conmovedor llamado de la hija de Bach quien... “no puede... no, no debe mendigar!” Almas piadosas recurrieron en su ayuda y entre ellos Beethoven, para quien Bach era un Dios. Otro músico el aristocrático Mendelssohn, no escatimó esfuerzos para hacerle erigir una estatua y dar a conocer sus obras. Mostró al mundo la incomparable monumentalidad de la Pasión Según San Mateo, y desde entonces la Humanidad se consterna ante esta vida luminosa y se entrega con humildad para recibir la gracia divina de sus obras, que hizo exclamar a Goethe: “La música de Bach es como si el Universo hablara consigo mismo”.

Bach en su juventud.



Siluetas de Bach y su primera mujer, María Bárbara.

